

AMORES EN LA RED.

Hoy me desperté pensando en la muerte. Carlos me había telefoneado la noche anterior para que nos juntáramos a cenar y jugar al dominó. Le dije que ya era tarde y que por mi artrosis y ese coctel de pastillas que tomo rigurosamente a las nueve de la noche, era casi imposible.

Pero insistió, testarudamente. ¡no puedo porque sabes que tengo cosas que hacer! Le gruñí.

Carlos siempre ha sido porfiado como él solo, desde que comenzamos una relación o más bien a conocernos gracias a este invento del internet y las redes sociales que para mí son de amor y odio, se me ha pegado como lapa, día y noche, no me lo puedo sacar de encima, es tan cargante este hombre por Dios!

¡Así es el amor! Me susurra al teléfono cuando por décima novena vez me declara su amor, invitándome a concertar una cita, la primera para quitarme el enojo y arrancarme una sonrisa.

Él es un hombre taciturno y a veces extrovertido, alto y delgado, de voz ronca y con menos arrugas que las mías excepto las de la frente: cuenta que fue dentista de profesión para carabineros de Chile en los años ochenta y que hoy se dedica a ser un Don Juan, me lo repite a carcajadas buscando ruborizarme y lo peor de todo es que lo consigue.

Luego de pensarlo como quinientas veces, accedí a su petición y por cansancio óigase bien.

Está bien Carlos, puedes venir esta noche, pero no te tardes mucho que las horas vuelan y yo me acuesto con las gallinas.

Lo repito, hoy me desperté pensando en la muerte no se bien por qué...

Quizá son sólo leseras más vaya uno a saber. Después de sacudir mi derruido cuerpo que en sus años era como el de la Marlene Dietrich en su película "el ángel azul".

Encendí la radio para escuchar ese programilla de copuchas que me encanta, donde sólo llaman mujeres infieles, mujeres insatisfechas, hombres impotentes, hombres gorreados y amantes perdidos; yo me mato de la risa. Sería una cena casi poco habitual de esas que nunca están de moda, pero como cábala lo aprendí a adoptar.

Me dirigí a paso lento a mi cocina: un lugar de medidas pequeñas no es una gran cosa mi cocina algunos muebles donde guardo los platos, una cocina de cuatro platillos, en fin. Para preparar algo que le encante a Carlos era una tarea ardua, acto seguido me puse el delantal de dibujos de flores de amapolas que me regaló Sarita mi nieta de quince años para mi cumpleaños.

Cocinar para mí siempre fue un desafío, más bien se ha vuelto una guerrilla, algo crónico me lo repito burlando la seriedad del caso.

Preparé de entrada una sopa de cangrejos condimentadas, ya que esas que te dan en los hospitales no tiene sabor a nada, luego de fondo un budín de zapallo italiano mezclado con finas hierbas y queso derretido encima y de postre una torta húmeda de manzanas sin gluten.

Luego pondría la mesa, los cubiertos, el mantel tejido a croché por mis propias manos cuando aún no sufría de artritis reumatoide, las copas, la vela encendida, las servilletas de género que compré en un bazar del centro de la ciudad con unos detalles hermosísimos.

Ahora vendría arreglarme. Me puse mis mejores ropas, ocupé todo el tiempo del mundo para que esta velada no fuera un desastre. Utilicé el peine de marfil que me heredó una difunta juez a la cual le trabajé por cuarenta años y cepillé mi cabellera larga y blanca como copos de nieve sin olvidar y frente al espejo, pintarme de azul los ojos y de rojo los labios.

Quería verme bonita, aunque más bien parecía exótica por no decir una momia egipcia, tampoco pretendía parecer de veinte, la juventud es sólo una etapa junto con la vanidad propia de esa edad y las arrugas, bueno las arrugas son el segundo ingrediente del plato.

Pero no me quitaba el sueño para nada, más allá de lo que no le podía preocupar a Carlos pues él me quiere tal como soy así siempre me lo ha dicho y me ha demostrado con esos emoticones que ahora las juventudes se envían por el Facebook o el Whatsapp, desde que me conoció a través de una solicitud de amistad que me envió hace aproximadamente tres meses atrás.

¡Que tontera! Pensé yo.

Una vieja patética conociendo amores por internet, claro que era nuevo para mí todo esto de las redes sociales. Pegué bien mi prótesis con corega para no pasar

algún percance mayor y así no tener que dar explicaciones a Carlos que, como dentista, se podría transformar en un episodio bochornoso.

No obstante, no podía dejar de pensar en la muerte.

¿Será acaso un presagio?

¿Debería llamar a Carlos inmediatamente y decirle que mejor no venga, que me enfermé?

Inventaría alguna jaqueca nueva para quitármelo de encima, apagaría todo, devolvería todo, cerraría las cortinas y me iría a la cama asegurando las cerraduras de puertas y ventanas y me acostaría con el rosario entre mis manos que me heredó mi difunta madre en su lecho de muerte.

Pero mi psicólogo me dice que lo mío es pura paranoia y lo terrible de todo, es que yo ya lo sé. Sé que soy una vieja loca que amo los gatos y pongo todo en su lugar, como argumento lógico me tomo mis píldoras y me doy baños de sal purificantes, aunque parezca una cursilería.

El teléfono volvió a sonar. Era Carlos.

¿Sí Carlos? Le pregunté media asombrada.

Te llevo un vino añejo del año 1990 y unas flores hermosas para otra flor hermosa.

¡Que adulator me salió este hombre! pensé.

¡Está bien Carlos! ¿Yo mientras tanto termino de arreglarme te parece?

Eres bella con lo te pongas, no necesitas más...

¡Viejo idiota! Pensé de nuevo riéndome un poco.

Mi mundo era ahora de cabeza y seguro Carlos se estaba creyendo la última chupada del mate...

Tan galán, tan canchero con esos ojos redondos azules, ese porte de caballero, pero estaba segura que sería mi trinchera, como agua en el desierto me contendría entre sus brazos, me sujetaría fuertemente como Clark Gable y Vivien Leigh en "Lo que el viento se llevó".

Y yo le devolvería el cumplido con ternura y afecto.

En realidad, necesitaba que esta vieja decrepita dejara de lado los miedos y complejos y la misma rutina de siempre, la misma costumbre que sin darme cuenta me empezó a quitar años y se volvió una monotonía.

Veinte años sola, que barbaridad, es para volverse loca. Lo imaginé con nostalgia en mis vidriosos ojos recordando a Juan Pedro mi difunto marido que al morirse me dejó endeudada hasta con los perros esos pitucos que en esos años estaban tan de moda.

¡Que desgracia la mía!

¡Pero cuánto cuesta acostumbrarse a la decadencia física, que es como un terror que una lleva adentro! Me dije aterrorizada.

Más allá de las patas de gallo o la piel que se suelta víctima de la gravedad, que brutalidad.

Pero yo ya estaba resuelta a reanudar mi vida de una buena vez, quería y necesitaba algo de compañía y Carlos por supuesto, reunía todas esas cualidades que un caballero debe de tener al momento de cortejar a su dama y ganarse su confianza sobre todo para romper con los estigmas de la edad y el amor.

Seguro Carlos temblaría de la emoción y yo lo miraría fijamente a los ojos como una muchacha de quince embobada frente a su príncipe azul.

El comería toda mi comida, mi sopa de cangrejos, mi budín de zapallo italiano con finas hierbas, mi postre sin gluten y brindaríamos por él y por mí y por la vida también que nos hizo el milagro de juntarnos.

Junto a ese vino añejo del año 90 como nuestro celestino. Aquí no habría ideologías que se atrevieran en boicotear este sublime momento, para nada en lo absoluto.

Me apliqué un poco más de perfume Carolina Herrera y me examiné por tercera vez en el espejo de cuerpo entero que está casi al llegar a la puerta de entrada.

Creía verme bien, estaba segura de verme regia estupenda para la ocasión.

De pronto sonó el timbre.

¡Que mierda! me dije. ¡Vamos que se puede!

Hace ya tantos años que no sentía mariposas en la panza.

Abrí y era él.

Nos miramos como dos recién casados ¡qué terrible! Pensé.